

que hace el Código inaplicable, convirtiendo la propiedad en algo que es y que no es? Vais á ver á ese infatigable zapador, á ese roedor que despedaza y divide el suelo, que lo reparte, y que corta una fanega de tierra en cien pedazos, convidado siempre á ese festín por la burguesía que hace de él su auxiliar y su presa. Este elemento insocial, creado por la Revolución, absorberá algún día á la burguesía, como la burguesía ha devorado á la nobleza. Sobreponiéndose á la ley á causa de su propia pequeñez, este Robespierre de una cabeza y de veinte millones de brazos trabaja sin descanso, agazapado en todos los ayuntamientos, entronizado en el consejo municipal y armado como guardia nacional en todos los cantones de Francia, por el año 1830, que olvidó que Napoleón prefería correr el riesgo de una derrota á dar armamento á las masas.

Si durante ocho años he abandonado cien veces y cien veces he reanudado este libro, el más considerable de los que he resuelto escribir, es porque todos mis amigos, y vos el primero, han comprendido que el valor podía llegar á faltar ante tantas dificultades y tantos detalles mezclados en este drama doblemente terrible y tan cruelmente ensangrentado; pero entre el número de las razones que me hacen hoy casi temerario, contad el desco de acabar una obra destinada á daros un testimonio de mi vivo y perdurable agradecimiento por su fiel amistad, que fué uno de mis mayores consuelos en el infortunio.

De Balzac.



LOS ALDEANOS

PRIMERA PARTE

Quien tiene tierra, tiene guerra

CAPÍTULO PRIMERO

EL CASTILLO

Al señor Nathan

«En los Aigues, el 6 de agosto de 1823.

«Mi querido Nathan: A ti que con tus fantasías procuras al público deliciosos sueños, voy á hacerte soñar con algo verdadero. ¡Tú me dices si el siglo actual podrá legar nunca sueños semejantes á los Nathan y á los Blondet del año 1923! Tú mismo calcularás la distancia á que nos encontramos del tiempo en que las Florinas del siglo XVIII encontraban, al despertar, un castillo como los Aigues, en un contrato.

«Querido mío, si recibes mi carta por la mañana, ¿no ves desde tu lecho, á unas cincuenta leguas de París, en donde empieza Borgoña, en una gran carretera real, dos pabelloncitos construidos con ladrillos encarnados, reunidos ó separados por una barrera pintada de verde?... Allí fué donde la diligencia dejó á tu amigo.

«Á ambos lados de los pabellones serpentean sendos matorrales formando vallado, en donde brotan multitud de espinos silvestres que semejan á una desgreñada cabellera. Aquí

y allá brotan aislados algunos retoños de árboles. En el declive del foso, hermosas flores bañan su pie en una agua estancada y verde. Por derecha é izquierda, este matorral limita con las extremidades de dos bosques, y la doble pradera á que sirve de cerca ha sido, sin duda, producto de algún desmonte.

»En estos pabellones, desiertos y empolvados, empieza una magnífica avenida de olmos seculares, cuyas copas, en forma de quitasol, se inclinan unas sobre otras y forman una larga y majestuosa bóveda. En esta avenida crece la hierba, y apenas se puede ver en ella los surcos trazados por las ruedas de los coches. La edad de los olmos, la anchura de los dos paseos laterales, el aspecto venerable de los pabellones, el color moreno de la mampostería; todo indica la proximidad de un castillo casi regio.

»Antes de llegar á esta barrera, desde la cima de una de esas alturas que nosotros, los franceses, llamamos vanidosamente una montaña, y en cuya falda se encuentra la aldea de Conches, la última parada, había visto el vasto valle de los Aigues, en cuyo extremo da vuelta la carretera para seguir en línea recta la dirección de la pequeña subprefectura de la Ville-aux-Fayes, en donde reina de hecho el sobrino de nuestro amigo Lupeaulx. Inmensos bosques que se levantan en el horizonte, sobre una vasta colina bañada por un río, dominan aquel rico valle, encuadrado por los montes de una pequeña Suiza llamada el Morvan. Estos espesos bosques pertenecen á los Aigues, al marqués de Ronqueroles y al conde de Soulanges, cuyos palacios y parques, y cuyas aldeas, vistas de lejos y desde una altura, hacen verosímiles los fantásticos paisajes de Breughel de Velours.

»Si estos detalles no trajesen á tu memoria todos los castillos en el aire que tú has deseado poseer en Francia, no serías digno de esta narración de un parisiense estupefacto. He gozado por fin de una campiña en que el arte se encuentra mezclado con la naturaleza, sin que el uno perjudique á la otra, en que el arte parece natural y en que la naturaleza es artista. He encontrado el oasis que tantas veces habíamos soñado deduciéndolo de algunas novelas: una naturaleza frondosa y fértil, accidentes sin confusión, algo salvaje y sorprendente, algo secreto y poco vulgar. Traspón la barrera y marchemos.

»Cuando mi curiosa mirada quiso abrazar la avenida en

donde el sol no penetra más que al levantarse y al ponerse, adornándola con sus oblicuos rayos, mi vista quedó detenida ante el contorno que produce una elevación del terreno; pero, después de transpuesta ésta, la larga avenida está cortada por un bosquecito, y nos encontramos en una encrucijada, en cuyo centro se levanta un obelisco de piedra, semejante á un eterno punto de admiración. Entre las piedras que forman este monumento, terminado por una bola con picos (¡qué idea!), brotan algunas flores purpurinas ó amarillas, según la estación. Indudablemente los Aigues han sido construídos por una mujer ó para una mujer; un hombre no tiene ideas tan coquetas; el arquitecto ha debido ser inspirado por alguien.

»Después de haber franqueado este bosque, apostado allí como un centinela, llegué á un delicioso pliegue del terreno en cuyo fondo bulle un arroyuelo, que atravesé por medio de un puentecito de piedras musgosas, de un color admirable, el más bonito de los mosaicos construídos por el tiempo. La avenida remonta el curso del agua por medio de una suave pendiente. A lo lejos se ve el primer cuadro: un molino y su barrera, su calzada y sus árboles, sus patos, su ropa tendida, su casa cubierta con paja, sus redes y su tiendecita de pescado, sin contar el mozo del molino, que ya me examinaba. En cualquier punto del campo que os encontréis, y cuando más solo creéis estar, sois el punto de mira de dos ojos que se abren bajo una gorra de algodón; un obrero deja su azadón, un viñador endereza su encorvado dorso, una pastorecita de cabras, de vacas ó de carneros, trepa á un sauce para espiarlos.

»La avenida se transforma bien pronto en un paseo de acacias que conduce á una reja del tiempo en que la cerrajería construía esas filigranas aéreas que se parecen á los enroscados trazos del modelo de un maestro de escritura. A uno y otro lado de la reja se extiende un foso de una anchura suficiente para que no pueda ser saltado por un lobo, y cuya doble cresta está provista de los dardos y las lanzas más amenazadores, de verdaderos erizos de hierro. Por otra parte, esta reja está encuadrada por dos pabellones de conserje semejantes á los del palacio de Versalles, y coronados por jarrons de colosales proporciones. El oro de los arabescos se ha puesto rojo, el orín ha manchado sus tintas; pero aquella puerta, llamada de la Avenida, y que revela la mano

del gran delfin, á quien los Aigues la deben, no por eso dejó de parecerme menos hermosa. En cada uno de los extremos de ambos fosos empiezan unos muros sin blanquear, en donde las piedras, encajadas en un mortero de tierra rojiza, muestran sus múltiples colores: el amarillo ardiente de la sílice, el blanco de la creta, el rojo oscuro del molar, y las formas más caprichosas. Al principio el parque es sombrío, sus paredes están ocultas por plantas trepadoras, por árboles que, desde hace cincuenta años, no han sido visitados por el hacha. Cualquiera diría que este bosque había recobrado su virginidad á causa de un fenómeno reservado exclusivamente á los bosques. Los troncos están envueltos por plantas trepadoras que van de uno á otro árbol. Multitud de hiedras de un verde brillante cuelgan de todas las bifurcaciones de las ramas, y las he encontrado gigantescas. Vuelvo á encontrar los arabescos salvajes que no florecen á no ser á cincuenta leguas de París, aquí donde el terreno es bastante barato para que no haya necesidad de ahorrarlo. Los paisajes de esta clase necesitan mucho terreno. Aquí, pues, todo brota al natural, el rastrillo no ha sido empleado, los surcos que dejan las ruedas de los coches y de los carros están llenos de agua, la rana cría tranquilamente á sus renacuajos, las finas flores del bosque brotan aquí y allá, y el brezo es tan hermoso como el que he visto en enero sobre tu chimenea, en el rico jarrón llevado por Florina. Este misterio embriaga, inspira vagos deseos. Los olores de las selvas, los perfumes adorados por las almas ansiosas de poesía, que gustan de los musgos más inocentes, de los criptogamos venenosos, de las tierras mojadas, de los sauces, de los bálsamos, del serpol, de las verdes aguas de una balsa, de la redonda estrella de los nenúfares amarillos; todas estas vigorosas fecundaciones son aspiradas por mi olfato y todas me entregan un pensamiento, su alma acaso. Entonces pensaba en un vestido de color de rosa, ondulando á través de aquel sinuoso paseo.

»El paseo acaba bruscamente con un último ramillete en donde se mecen los abedules, los álamos y todos los árboles temblones, familia inteligente, de esbeltos tallos y de elegante porte: ¡los árboles del amor libre! Desde allí, amigo mío, vi un estanque cubierto de nenúfares, de plantas de anchas hojas desplegadas y de menudas hojitas, y sobre el cual se pudre un bote pintado de blanco y negro, lindo

como la chalupa de un barquero del Sena, y ligero como un cascarón de nuez. Al otro lado se levanta un palacio que ostenta la fecha de 1560, construido con ladrillos de un encarnado muy vivo, con mampostería de piedra en la base y en torno de las ventanas que son aún cuadradas (¡oh Versailles!). La piedra está tallada á punta de diamante, como en el palacio ducal de Venecia, en la fachada del puente de los Suspiros. Este palacio no tiene nada de regular más que el cuerpo del centro, de donde baja orgullosa una doble escalinata con balaustres redondos, delgados por su nacimiento y con bolas achatadas por el centro. Esta parte principal del edificio está acompañada de torrecillas con cimbalillos, de pabellones modernos con galerías y de jarrones más ó menos griegos. Aquí, amigo mío, hay una carencia absoluta de simetría. Estos nidos, reunidos al azar, parecen empajados por algunos árboles verdes cuyo follaje sacude sobre los tejados sus mil dardos, alimenta á los musgos y hace profundas grietas en la pared, grietas que sirven de distracción á la mirada. Crece allí el pino de Italia, de corteza encarnada y de copa en forma de quitasol, el cedro de doscientos años, los sauces llorones, un abeto del norte, y una haya que le supera; después, delante de la torrecilla principal, se ven los arbustos más raros: un tejo cortado que recuerda algún antiguo jardín francés destruído, con magnolias y hortensias en su pie; en fin, que aquello es el cuerpo de inválidos de los héroes de la horticultura, que siguen la moda y que están olvidados como todos los héroes.

»Una chimenea de original escultura y que soltaba grandes bocanadas de humo, me certificó que aquel delicioso espectáculo no era una decoración de ópera. La cocina revelaba la existencia de seres vivientes. ¿Me ves á mí, á Blondet, que creo estar en las regiones polares, cuando estoy en Saint-Cloud, en medio de este ardiente paisaje de Borgoña? El sol despide sus más ardientes rayos, el martin-pescador está á orillas del estanque, las cigarras cantan, el grillo chillaba, las cápsulas de algunos granos crujen, las adormideras dejan escapar su morfina en forma de lágrimas licuosas, todo se percibe claramente á través del obscuro azul del éter. Por encima de las rojizas tierras de la azotea se escapan las alegres llamas de ese ponche natural que embriaga á los insectos y á las flores, que quema nuestros

ojos y que tuesta nuestras caras. La vid se guarnece de perlas y su pámpano muestra un velo de hilos blancos cuya delicadeza causaría vergüenza á los fabricantes de encaje. Finalmente, á lo largo de la casa brillan los azulados pies de la calandria, las capuchinas rojo-anaranjadas y las olorosas habas. Algunas tuberosas alejadas y algunos naranjos perfuman el ambiente. Después de la poética exhalación de los bosques que me había preparado, venían las irritantes pastillas de aquel serrallo botánico. En la cima de la escalinata exterior, cual si fuese la reina de las flores, veo por fin á una mujer, vestida de blanco y con el cabello tendido, bajo una sombrilla de seda blanca, pero dicha mujer es más blanca que la seda, más blanca que los lirios que tiene á sus pies, más blanca que los jazmines estrellados que se introducen descaradamente por entre los balaustres: es una francesa nacida en Rusia, que me dijo: «¡Ya no os esperaba!» Me había visto desde la última vuelta del camino. ¡Con qué perfección y con qué cuidado procuran presentarse todas las mujeres, aunque sean las más cándidas! El ruido de las gentes del servicio me anunciaba que habían retrasado el almuerzo hasta la hora de la llegada de la diligencia. Ella no se había atrevido á salir á mi encuentro.

»¿No es este nuestro sueño, y el de todos los amantes de lo bello bajo todas sus formas, de lo bello seráfico que Luini expuso en el *Casamiento de la Virgen*, su hermoso fresco de Saronó; de lo bello que Rubens encontró en su pelea de la *Batalla del Thermodon*; de lo bello que ostentan hace cinco siglos las catedrales de Sevilla y de Milán; de lo bello de los sarracenos en Granada; de lo bello de Luis XIV en Versalles; de lo bello de los Alpes, y de lo bello de la Limagne?

»De esta propiedad, que no es ni excesivamente regia ni excesivamente rústica, pero en donde el príncipe y el cortijero han vivido, lo cual explica su naturaleza, dependen dos mil hectáreas de bosque, un parque de novecientas fanegas, el molino, tres granjas, una inmensa casa de campo en Conches y multitud de viñas, todo lo cual debía producir una renta de setenta y dos mil francos. Estos son los Aigues, querido mío, en donde me esperaban hacía ya dos años, y en donde estoy en este momento, en el cuarto *persa* destinado á los amigos del corazón.

»En lo más elevado del parque, hacia Conches, brotan

una docena de manantiales claros, limpidos, venidos del Morvan, que van á desembocar al estanque, después de haber adornado con sus magníficas montes los valles del parque y sus magníficos jardines. El nombre de Aigues proviene de estas encantadoras corrientes de agua. Se ha suprimido la palabra *vives*, pues, en los viejos pergaminos, esta tierra se llama Aigues-Vives, en contraposición de Aigues-Mortes. El estanque se descarga en la corriente de agua de la avenida, por un ancho y derecho canal, adornado en toda la longitud de sus orillas por arcos, puentes, etc. Este canal, decorado de este modo, produce un efecto delicioso. Bogando allí, sentado en un banco de la chalupa, se cree uno bajo la nave de una inmensa catedral cuyo coro está representado por la parte de la casa que se encuentra al extremo. Si el sol poniente ilumina el palacio con sus tonos anaranjados, entrecortados por sombras, y se refleja en los cristales de la ventana, os parece entonces ver cristales de fuego. Al extremo del canal, se percibe Blangy, cabeza de partido, que contiene unas sesenta casas, con una iglesia de aldea, es decir, una casa mal conservada, provista de un campanario de madera que sostiene un tejado formado por tejas rotas. Se distingue también allí una casa de vecindad y un presbiterio. Por otra parte, el concejo es bastante vasto: se compone de doscientas aldeas esparcidas á las que Blangy sirve de cabeza de partido. Este concejo está aquí y allá cortado por pequeños jardinitos, los caminos están señalados con árboles frutales; las huertas, verdaderas huertas de aldeano, tienen de todo: flores, verzas, parras, grosellas y mucho estiércol. La aldea parece sencilla, es rústica; posee esa sencillez engalanada que tanto buscan los pintores. Por fin, en lontananza, se ve el pueblecito de Soulanges, situado á orillas de un vasto estanque como una fábrica del lago de Thoune.

»Cuando os paseáis en este parque, que tiene cuatro puertas, todas ellas de soberbio estilo, la Arcadia mitológica viene á ser para vos llana como la Beocia. La Arcadia está en Borgoña y no en Grecia; la Arcadia está en los Aigues y no en otra parte. Un río formado por muchos arroyos atraviesa el parque en su parte baja con un movimiento serpentino y le imprime una fresca tranquilidad, un aire de soledad que recuerda tanto mejor á las cartujas, por cuanto que, en una isla artificial, se encuentra una car-

tuja atrocemente arruinada y de una elegancia interior digna del voluptuoso rentista que la restauró. Los Aigues han pertenecido á aquel Bouret que en cierta ocasión gastó dos millones para recibir á Luis XV. ¿Cuántas fogosas pasiones, espíritus distinguidos y felices circunstancias no han sido necesarios para crear este hermoso lugar? Una querida de Enrique IV construyó de nuevo el palacio, aquí en donde está, y unió á él el bosque. La favorita del gran Delfín, la señorita Choin, que recibió los Aigues como regalo, los aumentó con algunos cortijos. Bouret introdujo en el palacio todo el refinamiento de las casas de París, para una de las celebridades de la Ópera. Los Aigues deben á Bouret la restauración del piso bajo al estilo de Luis XV.

»Quedé estupefacto al admirar el comedor. Lo primero que atrae vuestras miradas es un cielo raso pintado en fresco al estilo italiano, y en donde se ven los más extravagantes arabescos. Sobre la pared estucada, unas mujeres sostienen, de distancia en distancia, canastas de frutos y las ramas y hojas que figuran desprenderse del techo. En cada uno de los cuarterones comprendidos entre mujer y mujer, se ven admirables pinturas, debidas á artistas desconocidos, representando las glorias de la mesa: salmones, cabezas de jabalí, mariscos; en fin, todo el mundo comible que, con fantásticas semejanzas, atrae al hombre, á las mujeres y á los niños, y que compete con las más extravagantes imaginaciones de la China, el país en donde, en mi concepto, se comprende mejor la parte decorativa. Bajo su pie, la dueña de la casa tiene un resorte para llamar á los criados, á fin de que sólo entren en el momento deseado y que no interrumpen nunca una conversación ni vean ciertas actitudes. La parte superior de las puertas representa escenas voluptuosas. Los alféizares son todos de mosaicos de mármol. La sala se caldea por debajo. Desde todas las ventanas se perciben deliciosas vistas.

»Esta sala comunica con un cuarto de baño, por un lado, y por el otro, con un gabinetito que da al salón. El cuarto de baño está tapizado con ladrillos de Sevres pintados á la aguada, el suelo es de mosaico y la bañera de mármol. Una alcoba, oculta por un cuadro pintado sobre cobre y que se levanta por medio de un contrapeso, contiene un lecho de madera dorada de estilo Pompadour. El techo está pintado de lapislázuli con estrellas de oro. Las aguadas están

hechas según los dibujos de Boucher. De este modo el baño, la mesa y el amor están reunidos.

»Después del salón, que ofrece todas las magnificencias del estilo de Luis XIV, viene una magnífica sala de billar como no conozco otra en París. La entrada de esta planta baja es una antesala semicircular en cuyo fondo se ha construido una de las escaleras más lindas, alumbrada con luz zenital, y que conduce á habitaciones construidas todas en diferentes épocas. ¡Y han decapitado á algunos arrendatarios generales en 1793! ¡Dios mío! ¿cómo no comprenden que las maravillas del arte son imposibles en un país sin grandes fortunas y sin grandes existencias aseguradas? ¡Si la izquierda quiere á toda costa matar á todos los reyes, que nos deje algunos príncipes, aunque no sean muy grandes!

»Hoy estas riquezas acumuladas pertenecen á una mujercita artista que, no contenta con haberlas restaurado magníficamente, las cuida con amor. Pretendidos filósofos, que se ocupan de ellos fingiendo ocuparse de la humanidad, llaman extravagancias á estas hermosuras. Se pasman ante las fábricas de india y las sencillas invenciones de la industria moderna, como si fuésemos más grandes y más felices hoy que en tiempos de Enrique IV, de Luis XIV y de Luis XV; pues todos han imprimido el sello de su reinado á los Aigues. ¿Qué palacio, qué castillo real, qué habitaciones, qué hermosa obra de arte, qué trajes bordados en oro dejamos nosotros? Las faldas de nuestras abuelas son hoy muy buscadas para forrar nuestros sofás. Usufructuarios egoístas y mezquinos, lo arrasamos todo y plantamos berzas allí donde se levantaban maravillas. Ayer, el arado ha pasado sobre Persan, magnífico dominio que daba un título á una de las familias más opulentas del parlamento de París; el martillo ha demolido á Montmorency, que costó formidables sumas á uno de los italianos que rodeaban á Napoleón; el Val, creación de Regnault de Saint-Jean de Angely; Cassan, construido por una querida del príncipe de Conti; en suma, solo en el valle del Oise acaban de desaparecer cuatro moradas regias.

»Aquí tienes, amigo mío, adónde le lleva á uno la costumbre de escribir en los periódicos, pues, sin darme cuenta, estoy haciendo una especie de artículo. ¿Tendrá el espíritu, al igual que los caminos, sus surcos? Me detengo, porque me voy apartando de mi verdadero objeto y vos po-

driais bostezar. La continuación mañana. Oigo la segunda campanada que me anuncia uno de esos succulentos almuerzos que uno ha perdido la costumbre de hacer hace ya tiempo, de ordinario al menos, en los comedores de París.

»He aquí la historia de mi Arcadia. En 1815 murió en los Aigues una de las más célebres *impuras* del siglo pasado, una cantante olvidada por la guillotina y por la aristocracia, por la literatura y por la banca, después de haber estado relacionada con la banca, con la literatura, con la aristocracia, y de haber tocado de cerca á la guillotina; una cantante olvidada como muchas encantadoras jamonas que se van á expiar al campo su adorada juventud, y que reemplazan su amor perdido por otro amor: al hombre por la naturaleza. Estas mujeres viven con las flores, con los perfumes de los bosques, con el cielo, con los efectos de sol, con todo lo que canta, lo que se agita, lo que brilla y lo que brota, los pájaros, las lagartijas, las flores y las hierbas; ellas no saben nada, no se lo explican, pero aman aún; aman tanto, que olvidan á los duques, los mariscales, las rivalidades, los arrendatarios generales (1), sus locuras y su lujo desenfadado, sus estrás y sus diamantes, sus babuchas con tacón y su colorete, por las suavidades del campo.

»Querido mío, he recogido preciosos informes sobre la vejez de la señorita Laguerre, pues la vejez de las jóvenes que se parecen á Florina, á Marieta, á Susana del Val-Noble y á Tulia, me inquietaba de cuando en cuando, como á mí sé qué niño que se preocupaba por la muerte de las lunas llenas.

»En 1790, asustada con la marcha de los asuntos públicos, vino á establecerse á los Aigues, adquiridos para ella por Bouret, y en donde había pasado muchas temporadas la suerte de la Dubarry la hizo temblar de tal modo, que enterró sus diamantes. Entonces no tenía más que cincuenta y tres años; y, según su camarera, que se casó después con un gendarme: «La señora estaba más hermosa que nunca». La naturaleza debe tener sin duda alguna razón para tratar á esta clase de criaturas como á niños mimados; los excesos

(1) Los arrendatarios generales era una asociación compuesta de cuarenta miembros en un principio, y después de sesenta, los cuales, antes de la Revolución, tenían arrendadas las rentas de Francia, como eran la sal, el impuesto de tabacos, los arbitrios, etc., etc.—(N. del T.)

en lugar de matarlas, las engordan, las conservan, las rejuvenecen; bajo una apariencia linfática tienen unos nervios que sostienen su maravillosa armadura; están siempre hermosas por la misma razón que contribuiría á afeár á una mujer virtuosa. Indudablemente la casualidad carece de moral.

»Después de su famosa aventura, la señorita Laguerre vivió aquí de una manera irreprochable, y puede decirse como una santa. Una noche, en una desesperación de amor, se escapa de la Ópera con su traje de teatro, se va á los campos, y pasa la noche llorando á orillas de un camino. (¡El amor del tiempo de Luis XV ha sido calumniado!) Estaba tan poco acostumbrada á ver la aurora, que la saluda cantando una de sus más hermosas canciones. Con sus ademanes y con sus oropcles atrae á los aldeanos que, asombrados de sus gestos, de su voz y de su belleza, la toman por un ángel y se postran de rodillas ante ella. A no ser por Voltaire, se hubiese sabido, bajo Bagnolet, de un milagro más. Yo no sé si el buen Dios tendrá en cuenta á esta joven su virtud tardía, pues el amor es muy nauseabundo para una mujer tan cansada de amor como debía estarlo una impura de la antigua Ópera. La señorita Laguerre había nacido en 1740, sus buenos tiempos fueron en 1760, cuando nombraban al señor de... (no me acuerdo del nombre) *primer comisario de guerra*, á causa de sus relaciones con ella. Dejó el nombre de Laguerre, completamente desconocido en el país, y tomó el de señora de los Aigues, para ocultarse mejor en sus tierras, á las que se dedicó con un gusto profundamente artístico. Cuando Bonaparte llegó á ser primer cónsul, la cantante acabó de redondear su propiedad con bienes de la Iglesia, consagrando á ellos el producto de sus diamantes. Como hija de la ópera, no entendía gran cosa de administrar bienes, y encargó la administración de sus tierras á un intendente, ocupándose ella del parque, de sus flores y de sus frutos.

»Muerta lo señorita y enterrada en Blangy, el notario de Soulanges, aquel pueblecito situado entre la Ville-aux-Fayes y Blangy, hizo un minucioso inventario, y acabó por descubrir los herederos de la cantante, los cuales no tenían conocimiento alguno de aquella herencia. Once familias de pobres labradores de los alrededores de Amiens, acostadas en sus burdas sábanas, se levantaron una hermosa mañana

envueltas en sábanas de oro. Fué preciso subastar. Los Aigues fueron comprados entonces por Montcornet, el cual, durante su mando en España y Pomerania, había economizado la suma necesaria para esta adquisición, un millón cien mil francos próximamente, comprendido en ello el mobiliario. Este hermoso lugar tenía que pertenecer siempre al ministerio de la guerra. El general sintió sin duda la influencia de este voluptuoso piso bajo, y yo sostenía ayer á la condesa que su casamiento había sido determinado por los Aigues.

»Amigo mío, para apreciar á la condesa, es preciso saber que el general es un hombre violento, muy colorado, de cinco pies y nueve pulgadas, redondo como una torre, de grueso cuello, y con unas espaldas de cerrajero que se debían amoldar perfectamente á una coraza. Montcornet ha mandado á los coraceros en el combate de Essling, que los austriacos llaman Gross-Aspern, y no pereció cuando aquella hermosa caballería fué rechazada hacia el Danubio. Pudo atravesar el río montado sobre un enorme tronco de madera. Los coraceros, al encontrar el puente derribado, tomaron, á instancias de Montcornet, la sublime resolución de encararse y resistir á todo el ejército austriaco, el cual, al día siguiente, se llevó treinta y tantos carros llenos de corazas. Los alemanes han creado para sus coraceros una palabra única que significa hombres de hierro (1). Mont-

(1) En principio, no me gustan las notas, y esta es la primera que me permito; su interés histórico me servirá de excusa; por otra parte, probaré que la descripción de las batallas no consiste únicamente en hacer las secas definiciones que dan los escritores técnicos, los cuales, desde hace tres mil años, sólo nos hablan del ala derecha ó de la izquierda, del centro más ó menos hundido; pero del soldado, de su heroísmo, de sus sufrimientos, no dicen nada. La conciencia con que preparo *Las escenas de la vida militar* me lleva á todos los campos de batalla regados por la sangre de Francia y por la del extranjero, y quise, por lo tanto, visitar la llanura de Wagram. Al llegar á orillas del Danubio, enfrente del Lobau, observé en el borde, en donde crece una hierba fina, ondulaciones semejantes á los grandes surcos de los campos de alfalfa. Pregunté de dónde provenía aquella disposición del terreno pensando en algún nuevo método de agricultura: «¡Allí—me dijo el aldeano que nos servía de guía,—duermen los coraceros de la guardia imperial; lo que veis son sus tumbas!» Estas palabras me produjeron un estremecimiento; el príncipe Federico Schwartzenberg, que las tradujo, añadió que aquel aldeano había conducido el convoy de los carros cargados de corazas.

cornet tiene todo el aspecto exterior de un héroe de la antigüedad. Sus brazos son gruesos y nervudos, su pecho es ancho y levantado, su cabeza tiene cierto aspecto leonino y su voz es de las que pueden dar la orden de carga en lo más intrincado de la batalla; pero no tiene más que el valor del hombre sanguinario, le falta talento é iniciativa. Como muchos generales á quienes el buen sentido militar, la desconfianza propia del hombre que está incesantemente en peligro y las costumbres del mando dan las apariencias de superioridad, Montcornet impone á primera vista, parece un Titán, pero es en realidad un enano, como el gigante de cartón que saluda á Isabel á la entrada del castillo de Kenilworth. Iracundo y bueno, lleno de orgullo imperial, posee la causticidad del soldado, la réplica pronta y la mano más pronta aún. Si ha sido soberbio en el campo de batalla, en el hogar doméstico es insoportable; no conoce

Por una de esas casualidades, frecuentes en la guerra, nuestro guía había proporcionado el almuerzo á Napoleón la mañana de la batalla de Wagram. Aunque pobre, guardaba el doble napoleón que el emperador le había dado por la leche y por los huevos. El cura de Gooss-Aspern nos introdujo en aquel famoso cementerio en donde franceses y austriacos, con sangre hasta las rodillas, se batieron con un valor y una persistencia igualmente gloriosas por una y otra parte. Allí fué donde, explicándonos que una losa de mármol que llamó nuestra atención, y en donde se leían los nombres del propietario de Gross-Aspern, muerto en la última jornada, era la única recompensa concedida á la familia, nos dijo con profunda melancolía: «Aquel fué el tiempo de las grandes miserias y el tiempo de las grandes promesas; pero hoy es el tiempo del olvido...» Aquellas palabras me parecieron de una magnífica sencillez; pero, reflexionando, di la razón á la aparente ingratitud de la casa de Austria. Ni los pueblos, ni los reyes son bastante ricos para recompensar los grandes sacrificios á que dan lugar las luchas supremas. ¡Que los que sirven á una causa con objeto de recibir recompensa, estimen su sangre y se hagan *condottieri!*... Los que manejan la espada y la pluma por su país, sólo deben pensar en *hacer bien*, como decían nuestros padres, y no deben aceptar nada, ni aun la gloria, á no ser considerándola como un feliz accidente.

Al intentar tomar por tercera vez este famoso cementerio, fué cuando Massena, herido y llevado en el interior de un cabriolé, hizo á sus soldados aquella sublime alocución: «¡Cómol... mastines, ¿no tenéis más que veinticinco céntimos diarios, yo tengo cuarenta millones, y me dejáis delante?...» Ya se sabe cuál fué la orden del día del emperador á su teniente, llevada por el señor de Sainte-Croix, que pasó tres veces á nado el Danubio: «¡Morir ó tomar la aldea; se trata de salvar al ejército! los puentes están rotos.»

(EL AUTOR).

más que el amor de guarnición, el amor de militar, á quien los antiguos, esos ingeniosos artifices de mitos, habían dado por patrón al hijo de Marte y de Venus, *Eros*. Esos deliciosos cronistas de religiones se habían provisto de una decena de Amores diferentes. Estudiando los padres y los atributos de esos amores, descubristis la nomenclatura social más completa; ¡y nosotros creemos haber inventado algo! Cuando el globo se vuelva como un enfermo que sueña, cuando los mares se conviertan en continentes, los franceses del tiempo encontrarán en el fondo de nuestro océano actual una máquina de vapor, un cañón, un periódico y un mapa, envueltos en plantas marinas.

»Querido mío, la condesa de Montcornet es una mujercita frágil, delicada y tímida. ¿Qué decís de este matrimonio? Para el que conoce el mundo, estas casualidades son tan comunes, que los matrimonios que forman buena pareja le parecen una excepción. He venido para ver cómo arregla esta mujercita endeble sus riendas para guiar á este gordo, grande y cuadrado general, precisamente como guiaba él á sus coraceros.

»Si Montcornet habla alto delante de su Virginia, la señora se pone un dedo sobre los labios, y él se calla. El soldado se va á fumar su pipa y sus cigarros á un kiosco situado á cincuenta pasos del castillo, y cuando vuelve se perfuma. Satisfecho de su sujeción, se vuelve hacia ella, como un oso embriagado con racimos, para decir cuando le proponen algo: «Si la señora quiere». Cuando él se aproxima á la habitación de su mujer, haciendo crujir las losas como si fuesen tablas, si ella le grita con su voz espantada: «No entréis», da militarmente media vuelta hacia el flanco derecho pronunciando estas palabras: «Ya me diréis cuando podré hablaros...» con la misma voz que usó á orillas del Danubio cuando gritó á sus coraceros: «¡Hijos míos, cuando no se puede hacer otra cosa, es preciso morir, y bien!» He oído estas conmovedoras palabras dichas por él refiriéndose á su mujer: «No solamente la amo, sino que la venero». Cuando le da uno de esos accesos de cólera que no se detienen ante nada y que se convierte en indomables cascadas, la mujercita se va á su habitación y le deja gritar. Cuatro ó cinco días después, se limita á decirle: «No os encolericéis de ese modo, porque se os puede romper un vaso del pecho, sin contar el daño que me hacéis». Y entonces, el león de

Essling se marcha para enjugarse una lágrima. Cuando se presenta en el salón y estamos ocupados en hablar, le dice ella: «Dejadnos, me está leyendo una cosa», y nos deja.

»Los hombres fuertes, grandes y coléricos, esos rayos de la guerra, esos diplomáticos de cabeza olímpica, esos hombres de genio, son los únicos que saben mostrar gran generosidad con el débil, esa constante protección, ese amor sin celos, esa honradez con la mujer. A fe que, para mí, la ciencia de la condesa está tan por cima de las virtudes secas y ariscas, como el satén de un confidente es preferible al terciopelo de Utrech de un sucio canapé.

»Estoy en esta admirable campiña desde hace seis días y no me canso de admirar las maravillas de este parque, dominado por sombríos bosques, en donde se encuentran bonitos senderos que siguen el curso de las aguas. La naturaleza y su silencio, los tranquilos goces, la vida fácil á que me invito, todo me ha seducido. ¡Oh! esta es la verdadera literatura; nunca se encuentra una falta de estilo en una pradera. La mayor felicidad sería olvidarlo todo aquí, hasta los *Debates*. Debes adivinar que ha llovido durante dos mañanas. Mientras que la condesa dormía, mientras que Montcornet recorría sus propiedades, yo he cumplido por fuerza la imprudente promesa que os había hecho de escribiros.

»Hasta ahora, aunque nacido en Alençon, de un viejo juez y de un prefecto, según se dice, aunque conocía las hierbas, consideraba como una fábula la existencia de estas tierras que producen cuatro ó cinco mil francos de renta. El dinero para mí se traducía por dos horribles palabras: el trabajo y el librero, el periódico y la política... ¿Cuándo tendremos nosotros una tierra en que brote el dinero en algún bonito paisaje? Esto es lo que os deseo en nombre del teatro, de la prensa y del libro. Así sea.

»¡Florina va á estar celosa de la difunta señorita Laguerre! Nuestros Bourets modernos no tienen ya la nobleza francesa que les enseñe á vivir: se unen tres para pagar un palco en la Ópera, se cotizan para un placer, y ya no cortan los en cuarto magníficamente encuadernados para hacerlos semejantes á los en octavo de su biblioteca; ¡apenas se compran los libros en rústica! ¿Adónde vamos á parar? ¡Adiós, hijos míos! amaos siempre.

»Vuestro humilde, BLONDET.»

Si por una milagrosa casualidad, esta carta, salida de la pluma más perezosa de nuestra época, no hubiese sido conservada, hubiese resultado casi imposible pintar los Aigues. Sin esta descripción, la historia doblemente horrible que allí se ha desarrollado, sería acaso menos interesante.

Muchas gentes esperan, sin duda, ver la coraza del antiguo coronel de la guardia imperial iluminada por algún rayo de luz, ver su cólera encendida, cayendo como una tromba sobre aquella mujercita, de modo que se encuentre al final de esta historia, lo que se encuentra al final de tantos dramas modernos, un drama de dormitorio. ¿Este drama moderno no podría brotar en aquel bonito salón pintado á la aguada, en donde hablaban las amorosas escenas de la mitología, en cuyos techos y contraventanas estaban pintados hermosos pájaros fantásticos, en cuya chimenea relan á carcajadas los monstruos de porcelana china, en donde, en los más ricos jarrones, dragones de azul y oro enroscaban su cola alrededor del borde que la fantasía japonesa había esmaltado con sus encajes de colores, en donde las duquesas, los sillones, los sofás, las consolas y los aparadores inspiraban aquella pereza contemplativa que destruye toda energía? No, el drama aquí no se limita á la vida privada, se desarrolla más arriba ó más abajo. No esperéis apasionamiento alguno, la verdad será demasiado dramática. Por otra parte, el historiador no debe olvidar nunca que su misión es dar á cada uno lo que le corresponde; el desgraciado y el rico son iguales ante su pluma; para él, el aldeano tiene la grandeza de sus miserias, como el rico tiene la pequeñez de sus ridiculeces; en fin, el rico tiene pasiones, el aldeano no tiene más que necesidades; el aldeano es, pues, doblemente pobre; y si, políticamente, sus agresiones deben ser implacablemente reprimidas, humana y religiosamente es sagrado.

CAPÍTULO II

UNA BUCÓLICA OLVIDADA POR VIRGILIO

Cuando un parisiense llega al campo, se encuentra privado de poder entregarse á sus inveterados hábitos, y siente en seguida el peso de las horas á pesar de los ingeniosos cuidados de sus amigos. Así es que, en la imposibilidad de poder perpetuar las conversaciones, tan prontamente agotadas, los castellanos y las castellanas os dicen tranquilamente: «Os aburriréis mucho aquí». En efecto, para disfrutar las delicias del campo, es preciso tener en él intereses, conocer los trabajos y el alternativo concierto de la pena y del placer, símbolo eterno de la vida humana.

Una vez que el sueño ha recobrado su equilibrio, cuando se han reparado las fatigas del viaje y ha llegado uno al unísono con las costumbres campestres, el momento de la vida del castillo más difícil de pasar para un parisiense que no es cazador ni agricultor, y que lleva botas finas, es la primera parte de la mañana. Entre el momento del despertar y el del almuerzo, las mujeres duermen ó hacen su tocado y son inabordable; el dueño de la casa se ha marchado muy temprano á sus asuntos: un parisiense se encuentra, pues, solo de ocho á once de la mañana, hora señalada para el almuerzo en casi todos los castillos. Después de haber buscado distracción en las minuciosidades del tocado, se le acaba bien pronto este recurso si no ha traído algún trabajo imposible de realizar, que vuelve á llevarse virgen y sin conocer de él más que sus dificultades; un escritor se ve entonces obligado á dar vueltas por los paseos del parque, pensando en las musarañas y entreteniéndose en contar los árboles más gruesos. Cuanto más fácil es la vida, más fastidiosas son estas ocupaciones, á no ser que se pertenezca á la secta de los cuákeros, ó al horroroso cuerpo de los carpinteros, ó al de los disecadores de pájaros. Si uno tuviese que permanecer en el campo, como los propietarios, ya procuraría alejar el aburrimiento con alguna pasión geológica, mineralógica, entomológica ó botánica; pero un hombre razonable no se entrega á este